

## ASCENSO Y DECADENCIA DE LA DEMOCRACIA EN ATENAS

**SERGIO DEXTRE UZÁTEGUI**

Filósofo y periodista,  
Catedrático de la Universidad Peruana  
en Ciencias Aplicadas (UPC)

Los mitos griegos cuentan que el héroe cretense Minos construyó una poderosa armada con la que impuso su dominio sobre las islas cícades y la península próxima del continente griego. Se trató de la primera talasocracia<sup>1</sup> en los orígenes de la civilización griega, cuya memoria ejerció gran influencia en la Atenas de la época histórica. Y aunque obvia la distancia entre las fuentes de la tradición mítica, frecuentemente inseguras o desfiguradas por el tiempo, es posible ver desde ahí la paulatina evolución del sistema democrático de Atenas, y rescatar con el auxilio de las fuentes históricas antiguas una imagen real de cómo se ejerció la constitución democrática. De hecho, esta etapa que el mito rememora –crucial en la dinámica cultural de Grecia– siguió viva en la evolución social hasta el surgimiento de la democracia en Atenas.

Detrás del personaje mítico Minos sobrevivió una identidad histórica, un rey destacado por sus hazañas, o una casta de conquistadores y reformadores que impartieron leyes sabias a sus súbditos para consolidarse dentro de un mundo marcado por las guerras internas. Muchas de las versiones de los mitos que han llegado a nosotros fueron manipuladas durante el periodo de los tiranos, acaecido en Atenas y Grecia durante el s. VI a.c. con la complicidad de bardos y aedos atraídos a sus palacios con la intención de crear en torno a sus personas un ambiente de sabiduría y opulencia, cuya finalidad fue proteger el poder arrebatado por la fuerza.<sup>2</sup> Un tirano celebre como Periandro de Corinto, fue considerado por muchos autores antiguos como uno de los Siete Sabios de Grecia. La tiranía gozó de la aceptación de las clases oprimidas considerándola beneficiosa para el pueblo, que no se sustrajo a su encanto, atraído por su magnificencia, pero sobre todo por el avasallamiento de las clases privilegiadas, ya que éstas y no el pueblo común fueron sus naturales competidores.

El imaginario mítico se adaptó a los cambios políticos, seguido por un proceso de reformas legales que se condensó en una constitución o un conjunto de leyes fundamentales. Más tarde, se mantuvo vigente en el espíritu de la ley ateniense el carácter elitista y hegemónico, aun cuando los derechos de igualdad se hicieron extensivos a la democracia popular. Atenas seguirá fielmente el camino trazado por la tradición desde Minos, al encumbrar el poder de su democracia al amparo de una poderosa armada. Precisamente, bajo este punto de vista es

1. La talasocracia o el imperio del poder de una flota, atribuido al héroe epónimo Minos, se interpretada racionalmente por Tucídides, historiador ateniense, al narrar la guerra entre Atenas y Esparta (431-405 a.c.) en su "Historia sobre la guerra del Peloponeso". En esta obra original se interrumpe abruptamente en el año 411, siendo probable que el autor vivió hasta el final de la misma; sin embargo encuentra su culminación en la obra del historiador Juvencio, *Historia Helénica*. Algunos historiadores señalan que Jenofonte fue encargado de terminar la narración corrigiendo sobre un borrador de Tucídides; otros, que el prototipo original del autor fue ocuparse sólo de la guerra Argelónica del 431 al 421 a.c. Este problema se conoce como la cuestión tucidídea.

2. Dógenes Laertes, *Vida de los Filósofos*. Uno o Soñón 10 constituye un testimonio fundamental sobre estos hechos.

posible rastrear la evolución de la democracia desde antes de su instauración en el período arcaico, hasta su declive al final de la guerra del Peloponeso.<sup>3</sup>

El imperio marítimo de Minos conservó los rasgos de un antiguo sistema político patriarcal que buscaba su consolidación, pues respondía a una época en que la ley era transmitida por los vínculos de sangre a los descendientes de la mejor gente (*aristoi*), aislando por completo al hombre común de las prerrogativas y privilegios de este derecho. Éstos ni siquiera tuvieron una denominación técnica en el lenguaje arcaico, como puede verse en los cantos homéricos, que sólo se refieren a ellos como la "multitud". En sentido estricto, el pueblo no estuvo fuera de toda ley, sino que se encontró absolutamente excluido de los privilegios de los *aristoi*, convirtiéndose en una mera presencia simbólica incapaz de actuar, cuya función principal era la de no discontinuar el vínculo entre el pueblo y los "señores". El rol social de los excluidos, aunque de condición libre, tampoco se diferenció respecto de los esclavos, de hecho es a ello a lo que remite la palabra, *drestes*, que se usó para su común denominación y que significó "aquel que trabaja y sirve". Aunque es difícil conocer con exactitud los términos reales de este vínculo, un pasaje de la *Odisea*<sup>4</sup> es claro en exponer la característica del derecho griego arcaico. Telémaco, el hijo de Odiseo, ante la insistencia de los pretendientes de su madre, que pugnan por tomar el poder debido a la ausencia prolongada de su padre, convoca una asamblea para exponer sus reclamos; y aunque justa, la solicitud de Telémaco sólo es oída sin llegar a ninguna solución. La asamblea no tenía el derecho de dirimir sobre los asuntos de la realeza.

En la Grecia arcaica la sociedad se dividía entre parientes, comunidad de bienes y castas. El parentesco estuvo fuertemente limitado a una ley de matrimonio endogámica. La monarquía se adquiría por derecho de casta, y es de suponer que estuvo compuesta por la nobleza que incluía una aristocracia ávida -y hasta cierto punto únicamente apta- por hacerse del poder real. Nada más alejado del significado de la expresión *Demos* que adquiriría posteriormente referida a la totalidad de la polis, pues en la Grecia arcaica esta palabra incluía nada más ni nada menos que a la comunidad de la casta aristocrática. El discurso de Pericles a los caídos en la guerra del Peloponeso expone un nuevo y revolucionario sentido a la expresión *Demos*: la igualdad de derechos entre los ciudadanos sin distinguir su posición económica o social.<sup>5</sup> La economía estuvo fundada en el derecho sagrado de la propiedad de los *aristoi* sobre la tierra, el ganado y el botín, impidiéndose el ascenso de nuevos nobles con independencia económica, ya que ello habría significado una interrupción en la transmisión de la herencia; lo que hoy conocemos como emergencia social no existió en la Grecia arcaica. Además, los bienes comunitarios evitaron en principio una diferenciación entre las familias de una misma casta, al tiempo que en ella participaban de su reparto todos los miembros de la *gens*, incluida la multitud.

La aparición de Teseo, el héroe ático, supuso un intento de romper con el dominio sectario de la pequeña clase monárquica, y así quedó registrado -no sin cierta distorsión- en la memoria de los atenienses durante el esplendor de la democracia y en lo más refido de sus luchas contra la monarquía persa y macedónica respectivamente. Su hazaña de vencer al Minotauro para librar el sangriento tributo de jóvenes atenienses, puede interpretarse como un intento por derribar la legislación antigua que sustentaba los privilegios de los reinos tribales, es decir, el derecho impuesto por Minos y el poder de su flota. Años más tarde, también la democracia

3 Para la documentación de base algo al hilo de M. Finley que llevó por título "El mundo de Odiseo"

4 *Odisea*, I, 346-51

5 Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, Libro I 35 - 46

ateniense impondría su dominio apoyado en la fuerza de su armada. Pero Teseo fue aún más lejos, el trágico olvido, contado por el mito, de cambiar las velas negras por blancas que ocasionó la muerte de su padre Egeo fue más que una fortuita coincidencia que lo entronizó como rey de Atenas. Según una tradición antigua, Teseo impulsó en el Ática el primer estado confederado, modificando el poder de las antiguas castas. Creó una asamblea compuesta por los jefes de los nuevos gentes, a los que delegó una irrestricta soberanía. Con ello, tal vez, no pretendiera anular a la monarquía -pues él mismo siguió siendo rey- sino extender un poder efectivo sobre la casta aristocrática. El mito no oculta que el desprestigio del héroe fue motivado por su intento de reformar las costumbres religiosas y la élite encargada de su cuidado; finalmente Teseo fue desterrado de Ática.

En efecto, desde antiguo el poder religioso estuvo en manos de las élites aristocráticas, llegando incluso a tener un importante rol político en épocas históricas, como una función que garantizaba la existencia misma del *gens*.<sup>6</sup> En Esparta, por ejemplo, los reyes estaban obligados a efectuar los rituales en tiempos de guerra y dictaminar sobre la conveniencia o no de iniciar una campaña militar, considerándose una falta sumamente grave cualquier incorrección del rey en los asuntos religiosos; falta que podía acarrearle no sólo su destitución y destierro, sino incluso la muerte, por considerarse un tipo especial de traición a los dioses protectores. En Roma, el cargo de *Pontifex maximus* sobrevivió como una figura hereditaria en ciertas familias de las gens más antiguas, para luego anexarse como un cargo nada simbólico al emperador, pues lo investía de una dignidad que reforzaba su *imperium*. Es proverbial la historia narrada por Polibio sobre el dictador Quinto Fabio, quien durante la segunda guerra púnica delegó el mando de su ejército en un momento crucial para regresar a Roma y celebrar los sacrificios por el aniversario de su *gens*.<sup>7</sup>

La tiranía surgió a menudo motivada por un deseo personalista de aferrar el poder del estado, aunque es inexacto atribuirle este sólo propósito. Con frecuencia respondió a las exigencias de una coyuntura crítica en que la antigua aristocracia se había vuelto incapaz de mantener un equilibrio de poder, también al surgimiento de una clase emergente que competía por alcanzar mayores privilegios, pero sobre todo, a la conciencia difundida de que el poder era el derecho del más fuerte.<sup>8</sup> En Atenas la tiranía no ahorró esfuerzo alguno por fortalecer sus vínculos con el pueblo, que con frecuencia lo respaldó.<sup>9</sup> Favoreció el desarrollo económico y realizó una intensa reforma urbana mediante la construcción de monumentos, palacios y puertos; se preocupó por el ordenamiento de los cultos e inclusive, sacó de su misterioso elitismo a las sectas dionisiacas, logrando con ello crear y difundir el arte dramático. Heródoto cuenta que el tirano Pisistrato recurrió a un truco teatral para hacerse del poder. Fingió haber sido objeto de un ataque por parte de sus enemigos, exhibiendo para ello las huellas del atentado en su cuerpo; fue tan convincente al dramatizar su caso que se ordenó de inmediato una guardia armada para su protección; por aquella época a los ciudadanos se les prohibía portar armas, y así el pueblo desarmado pudo fácilmente ser sometido por Pisistrato y su guardia armada.<sup>10</sup> Probablemente la aceptación popular de la tiranía todavía correspondiera al imaginario mítico

6. Festi de Couvages, sostiene en "La Ciudad Antigua" que ambos poderes, el religioso y el político son una unidad indivisible en el mundo antiguo, cuya separación - en épocas modernas - refleja en el cambio de objeto de la ciencia jurídica, con lo que se pierde el auténtico sentido. Su tesis central consiste en que todas las instituciones sociales se formaron por y desde la evolución religiosa.

7. Polibio en *Historia Universal* III, 6. La gens de los Fabios era de antiguo aborigen; sus orígenes se remontaban hasta la fundación de Roma.

8. Tucidides reproduce esta mentalidad justificando el imperialismo ateniense en 3,76. Y en 2,65 - 113, durante la sublevación de la isla de Misos, que fue diezmada por Atenas, narra las terribles consecuencias del imperialismo en la práctica. Con ello el imperialismo ateniense demostró ser más bárbaro que la propia tiranía.

9. En Atenas durante el s. VI a.c., el tirano más célebre fue Pisistrato, que gobernó por más de treinta años y dejó al morir el mando a sus hijos. Éstos sólo pudieron mantenerlo por diez años, al cabo de los cuales fueron expulsados de Atenas. Se le llama con frecuencia tirano pisistrático.

10. Heródoto, Libro I, 59.

del héroe cuyas acciones se caracterizan por la fuerza y el ingenio. En opinión de Tucídides la tiranía pisistrátida gobernó con inteligencia sin ser odiosa para la mayoría; embelleció la ciudad con obras públicas y sustentó los gastos de la guerra gravando un impuesto del 20 por ciento sobre los bienes de los ciudadanos. Sólo en el s. IV a.c. Platón enfilará sus ataques contra esta concepción del poder -y de paso contra cierto arte inapropiado para el ciudadano- al oponerle el dominio de la razón, pues ya para esa época el esfuerzo de la filosofía había contribuido a desmitificar los mitos convirtiéndolos en una auténtica teología y cambiando la imagen del dios conquistador por la de una divinidad que basaba su poder en la razón estrechamente ligada a la vida moral.<sup>11</sup>

Las revueltas de los tiranos prosperaron unas veces con el apoyo de algunos miembros de la aristocracia, y otras con el respaldo del pueblo. Testimonios de éstos abundan en la tradición antigua, uno de los cuales contado por Diógenes, destaca por lo paradójico de su circunstancia. Cuenta el autor que habiendo intercedido Solón en las luchas intestinas de Atenas entre la aristocracia y el pueblo, y creando una constitución beneficiosa a la clase campesina, al cabo de un corto tiempo, su pariente Pisistrato se hizo del poder por la fuerza. Y el senado, que Solón mismo había creado para velar por el cumplimiento de las leyes, al momento de arbitrar la situación se inclinó hacia el tirano ratificándolo en el poder. Fue la primera acción de este órgano democrático: validar la tiranía. En una apócrifa correspondencia, el tirano le dice que no debe temer por su vida y lo invita a regresar del destierro voluntario, pues Atenas era gobernada según leyes que el mismo Solón había dado.<sup>12</sup>

La caída de la tiranía pisistrátida no se debió a un esfuerzo altruista respaldado por el pueblo, ni tampoco al fortalecimiento político de sus enemigos, sino a un trágico acontecimiento de índole personal. Los mismos atenienses ignoraban cómo fue derribada la tiranía, desconociendo que de los hijos de Pisistrato, no era Hiparco sino Hippias quien la heredó por ser el mayor al momento de ser asesinado su hermano.<sup>13</sup> El relato lo exponen Tucídides y Heródoto, este último con algunas variaciones. Hiparco se había prendado de un joven de nombre Harmodio, pero no había tenido éxito en sus requerimientos; tuvo conocimiento de esta pasión el amante de Harmodio, llamado Aristogitón, y temiendo que por su poder Hiparco le arrebatase a su amante obligándole a ir con él, tramó su muerte. Desde ese día el resentimiento y miedo de Hippias fue grande, al punto que se hizo odioso al pueblo ateniense; recelando caer víctima de una conjura, implantó una política de persecuciones, confiscaciones y destierros. Ése fue el verdadero motivo de su caída. Con todo, para sacarlo del poder fue necesaria la intervención de fuerzas espartanas conjuradas con la aristocrática familia de los almeónidas, cuyo destierro había declarado Hippias unos años anteriores.<sup>14</sup>

Si desde el ascenso de la tiranía pisistrátida la manipulación de los mitos se hizo frecuente, luego quedó como un recurso nada desestimable para sus contrincantes políticos. Solón alteró los cantos homéricos, introduciendo en el *Catálogo de la Naves*<sup>15</sup> unos versos conspicuos que

11 Platón, *La República*. En el Libro I, Sócrates se enfrenta a la ley del jurista que se sostiene en el derecho del más fuerte; los Libros II y III hacen una dura crítica a la poesía en particular y al arte en general; constituyen aún hoy un tema controvertido sobre la opinión del autor, que algunos estudiosos modernos han señalado como un rechazo a lo poético.

12 Diógenes Laeirta, *Vida de los Filósofos*, Libro I, Solón 17.

13 Es interesante de Tucídides, quien al parecer actúa la versión de Heródoto (ver cita siguiente). La conclusión de considerar a Hiparco tirano al momento de su asesinato, pudo deberse a que no existió una política de sucesión, y al morir Pisistrato sus hijos continuaron con el poder; Tucídides cree odiar el tema optando a lo sucesión por primogenitura de Hippias.

14 Para este suceso puede consultarse Heródoto 226 y Tucídides VI,54-59. Las antiguas familias atenienses estuvieron involucradas en todos los hechos notables de su historia política; frecuentemente vinculados a los partidos populares como por ejemplo Clístenes, Eufros, Pericles, Aristóteles y una larga lista de personajes que sería imposible reproducir aquí.

15 El *Catálogo de la Naves* es conocido como el pasaje de la Ilíada donde Homero nombra y describe a los héroes aqueos, señalando su procedencia y el contingente que aportaron para la lucha contra Troya. Debido a que la educación de los griegos formó los cantos homéricos como modelo de vida por excelencia, su poder sobre la opinión era incuestionable. Con todo, existen diferentes versiones, ajustadas a los intereses de cada polo.

hacían aparecer junto a las naves de Salamina las falanges atenienses. Y para ratificar este vínculo hizo abrir varias tumbas antiguas mostrando que los restos estaban sepultados de cara al oriente, como era la costumbre ateniense. Estratagemas exitosas que le valieron a Atenas el dominio -incuestionable para la opinión popular- sobre dicha región; años más tarde sería el refugio que la salvaría de la segunda invasión persa. En el s.IV a.c. Demócstenes y los demócratas antimacedónicos predicaban que el héroe Teseo había introducido la soberanía al Demos, ajustando su sentido a su lucha contra el expansionismo macedónico. El Demos como institución soberana extendida a todos los ciudadanos fue muy posterior al período arcaico, y se impuso recién con la reforma democrática de Clístenes. (n. hacia el 506 a.c.) antes de esto, sólo significó igualdad de derechos y prerrogativa de participación en la asamblea de la aristocracia, excluyendo a las clases inferiores.

La Democracia ateniense tuvo a Clístenes como su verdadero fundador; fue él quien basándose en las leyes dadas por Solón, introdujo nuevas instituciones con las que llevó a todos los ciudadanos la soberanía; a diferencia de Solón tuvo una coyuntura política favorable que hizo posible su implementación, pues para ese momento la lucha entre facciones había llegado a un punto de desgaste. Su reforma consolidó la democracia en Atenas, convirtiéndola por mucho tiempo en su sistema de gobierno característico. En el centro de ésta se halla la anulación de privilegios por nacimiento -en realidad obra de Solón- que significó la caída definitiva de la aristocracia. A partir de entonces la tiranía adoptó su significado típico, pues al anular los privilegios del nacimiento eliminó el derecho al poder de las clases aristocráticas; los pocos descendientes de éstas familias sólo retuvieron algunas funciones religiosas. Esto le permitió a Clístenes reorganizar la ciudad en base a diez tribus repartidas en un centenar de circunscripciones territoriales; a cada tribu pertenecían tanto aristócratas como campesinos y artesanos, confundándose en una sola entidad. Creó la Asamblea popular<sup>16</sup> -el órgano de gobierno más importante- cuya función estaba a cargo de un consejo de 500 personas para reemplazar el antiguo consejo aristocrático de los 400 - que se volverá a implantar por la fuerza y sin mucho éxito en un breve período al final de la guerra del Peloponeso-. El consejo delegaba mensualmente a 50 miembros pertenecientes a cada tribu la composición de las leyes y la administración del Estado; se conocían como pritanías. Introdujo el cargo de Estratego<sup>17</sup>, diez en número, elegidos a razón de uno por tribu, encargados del ejército y la flota; el Arcontado<sup>18</sup>, nueve en número, que ejercía funciones de justicia y administración. Reformó el Areópago, el más antiguo tribunal de Atenas que ahora estaba integrado por antiguos arcontes y tenía funciones concernientes a las costumbres, religión y excepcionalmente a casos de asesinato. Por último, instituyó 5000 jueces para integrar los tribunales populares que administraban justicia en todo el Ática.

Pese a estas reformas la práctica real de la democracia como garante del derecho individual de los ciudadanos fue elaborándose al paso de los sucesos inmediatos a estas instituciones. Grecia puso a prueba su democracia con las invasiones persas de los años 490 y 480 a.c. La organización política favoreció la unión de los atenienses para afrontar la guerra prácticamente solos, pues en el resto de Grecia la inactividad espartana -en la primera guerra Médica- o las complacientes defecciones -como Tebas y Tesalia, en ambos conflictos- forzaron

16. La Asamblea era el órgano central de la democracia ateniense; estaba compuesta por todos los ciudadanos en edad de votar; se reunía cada cierto período de tiempo, el cuyo letramiento era el peltro. Su función principal era la preparación de las leyes y regular su aplicación.

17. Estos cargos fueron originalmente creados para la conducción del ejército y la flota; a partir de Pericles se otorgaron otras funciones vitales para el Estado, como la hacienda pública y la política internacional. Pericles mismo que fue elegido en varios períodos, gobernó Atenas con el cargo de estratego. Pese a su mérito, la sujeción de la democracia ateniense parece responder a su ascendencia aristocrática.

18. El arcontado estuvo compuesto por el arconte rey, el arconte polemáico, el arconte epónimo y seis arcontes templetes. Aunque con flujos fluctuantes, algunos de ellos conservados como reliquias de épocas pasadas o por tradición, sus funciones eran más administrativas, y su importancia fue disminuyendo o por el de Pericles.

a los atenienses a mantener un espíritu de cuerpo sólido enfrentando el destino al arriesgar su recién ganado derecho a la libertad.<sup>19</sup>

En Atenas los conflictos de clases siguieron existiendo al punto que intentaban obstruir el éxito de la democracia confabulando con los enemigos de la ciudad. En realidad este tipo de defecciones fue habitual. Puede recordarse, por ejemplo, que el descalabro de la tiranía pístrárida fue obra de la distinguida familia de los almeónidas en complicidad con Esparta, enemiga tradicional de Atenas; esta misma familia fue sospechosa de estar implicada en un acto de traición contra la democracia durante la segunda invasión persa, favoreciendo el retorno de los pístráridas, antiguos enemigos suyos.<sup>20</sup> También durante la guerra contra Esparta, Alcibíades -electo estratego por el partido popular- al exiliarse y perder prestigio no dudó en apoyar a espartanos y persas con tal de recuperar el mando. Antes y después de la invasión persa, la clase aristocrática expandió una red de contactos con los gobiernos oligarcas a fin de asegurarse una vía de acceso al poder. La mayoría de los personajes que lideraron la democracia ateniense procedían, como se ha dicho, de la clase aristocrática, y buscaron el apoyo del partido popular.

En Atenas prosperó el arte de la navegación, condicionado por su ubicación geográfica que le permitió desarrollar un floreciente comercio con los principales imperios de Oriente y África. Las naves áticas se desparramaron por los mares adiestrando una marinería que se habría de convertir en el eje de su poder político, pues gracias a ella controló las principales vías de comercio marítimo, como fueron Sicilia, Chipre, el reino de Lidia y Egipto. Con el tiempo la reforma democrática probaría su superioridad en política exterior gracias al apoyo de la flota. La construcción de esta flota se remonta a los tiempos de Temístocles (n. hacia el 525 a.c.) y las guerras contra su vecina Egina, y fue sin duda producto de un golpe de suerte para Atenas. En efecto, se había descubierto una veta de plata en el monte Laurión desde el s.VI a.c. Dos décadas después de instaurada la democracia el estadista Temístocles ordenó ampliar la explotación del mineral acumulando de golpe una gran fortuna. Discutían los atenienses qué uso daría a los excedentes de esta producción, cuando Temístocles los convenció de construir con el dinero 200 naves de combate para sostener la guerra contra Egina, su rival comercial y político. Fue un golpe de suerte y un factor determinante de su hegemonía, ya que no se encuentra en ningún lugar de Grecia un yacimiento de plata capaz de competir con aquí.

Atenas no tuvo tierras aptas para el cultivo a gran escala, y los productos que se podían cultivar apenas si eran suficientes para su población, lo que los obligó a dedicarse al comercio marítimo. De otro lado, por su ubicación geográfica, se encontraba en directa competencia con sus vecinos Mégara y la isla de Egina, que tienen acceso tanto al mar Jónico como al mar Egeo, debiendo competir por las rutas marítimas que conducían hacia los tres continentes conocidos. Por tanto, el dominio del mar fue imprescindible para la supervivencia de Atenas, y no se trataba de un dominio relativo, sino total, pues se vio en la extraña coyuntura de crear una hegemonía o desaparecer como un estado dependiente. No sería una suposición ingenua creer que si a Atenas le hubiera tocado vivir bajo un estado aristocrático, los excedentes del monte Laurión habrían ido a parar a los ciudadanos, excluidas las clases populares, por cierto.

19 En cualquier caso es difícil con frecuencia que el liderazgo de Atenas en su lucha contra Persia le habían hecho ganar el imperio sobre los estados amenazados. Atenas supo sacar grandes ventajas de esta coyuntura pues difundió una imagen protectora de la libertad, cuando en realidad lo amenazó poco sobre las colonias jónicas, que naturalmente buscaron apoyo en su metrópoli, lo habían de inculcar necesariamente, en posibilidad de evitar el conflicto. Más tarde el crear la Liga Deléa-déica no se confirmó con otras ciudades jónicas sino que pretendió imponer su dominio sobre otras etnias.

20 El papel histórico de esta familia no dejó de ser controvertido, teniendo defensores y detractores: según Heródoto, que exigió la confabulación contra la tiranía, resulta como un hecho histórico el soborno al cábulo ático que decidió la intervención espartana; en cambio echaba como leyenda mal informada, en referencia al hecho anterior, que hayan sido los almeónidas quienes levantaron las escudas por o dar la señal a los persas de que los apoyaban al invadir Atenas cediendo al gobierno al tirano Hípias, derrocado por ellos mismos. Queda claro por lo menos que no escatimaron ningún medio para colocarse en el poder.

Está probado que los atenienses pensaron repartir 200 minas a cada ciudadano, y lo habrían hecho de no ser por la extraordinaria visión de Temístocles, quien al parecer previó el conflicto próximo con Persia y se empeñó en la construcción de una gran flota.<sup>21</sup>

La carencia de recursos naturales se compensó con la posición estratégica de Atenas, que en palabras del pseudo Jenofonte<sup>22</sup>, tenía todas las ventajas de una isla sin serlo. Pues desde el punto de vista militar era una plaza inexpugnable, no pudiéndose forzar la entrada a sus puertos sin arriesgar un ataque; al contrario, su movilidad para responder rápidamente con una contraofensiva bloqueando al enemigo, sea isleño o peninsular, la convirtieron en una potencia militar. Al asegurarse el mar pudo imponer restricciones y permisos en el comercio marítimo, obligando a la mayor parte de los estados griegos a entrar en una alianza. Desde el punto de vista comercial, la ventaja principal provino de la carencia de productos vitales que la totalidad de las ciudades griegas sufrían, como hierro, cereales o mármol; además tenían necesidad de colocar sus manufacturas en otros mercados para obtener ingresos, por lo que el acceso marítimo los puso en la disyuntiva de sujetarse a Atenas o sucumbir de hambre. A estas ventajas se une otra, que redundó en beneficio de la democracia ateniense, y es la de la libertad de sus ciudadanos. Según el pseudo-Jenofonte la libertad de palabra en Atenas fue permitida -como en ninguna polis griega- a los esclavos, pues de ese modo aquietaban y hacían eficiente los servicios de esta clase; también los metecos o comerciantes extranjeros fueron una clase mejor acogida en Atenas que en el resto de Grecia proporcionándole una serie de ventajas para su asentamiento. Los metecos soportaban la economía de la polis; costeaban los gastos de guerra y las fiestas e integraban el ejército como soldados ligeros o ayudantes. El estado protegía sus derechos civiles, aunque estuvieron impedidos de ocupar cargos políticos. Ambas clases fueron fundamentales para hacer operativa la flota, pues de allí se obtenían remeros y pilotos. Tres cuartas partes de la población ateniense estuvieron compuestas por esta clase<sup>23</sup>, lo que da una idea del sustento real de la democracia ateniense en su funcionamiento.

La democracia ateniense indisolublemente unida a su hegemonía comercial pagó el precio de arduar a sus aliados y a ella misma. Al resguardo de su escuadra los demás polis cedieron a las imposiciones de Atenas, al punto que toda su actividad giraba en torno a la burocracia ateniense; por ejemplo, los asuntos judiciales tanto privados como públicos de los aliados se resolvían en Atenas, por lo que obtuvo una gran fuente de ingresos para sus ciudadanos, ahorrando el gasto público. Una vez en Atenas, además del beneficio por concepto de transporte, de los depósitos en dinero solicitados a las partes en conflicto se descontaba una cantidad para cubrir el sueldo de los pitanos, como gastos de justicia. Esta actividad creó un congestionamiento en la solución de los problemas legales que ni aún los 500 tribunales podían resolver así trabajaran a tiempo completo todos los días del año; pues, a esta enorme carga había que sumar los días festivos -que no eran pocos- en que se suspendía toda administración de justicia. El hecho de dirigir la justicia de sus estados vasallos hizo prosperar la corrupción en éstas y la misma Atenas. No era un secreto que el dinero podía agilizar un juicio inclinándolo a favor de quien lo ofreciese. Con la expansión de su imperio, estos tribunales nunca se dieron abasto para satisfacer la solución de los litigios, el cobro de impuestos, mantenimiento de edificios y otros, lo cual creó un campo propicio para la corrupción cuando más, y cuando menos una inapropiada aplicación de la ley.

<sup>21</sup> Heródoto VI, 144

<sup>22</sup> Pseudo Jenofonte, La Constitución de los Atenienses. Texto apócrifo que forma parte de los llamados obras menores. Puede considerarse un importante testimonio histórico por lo demás, del sistema democrático ateniense. Aunque el autor no reconoce su rechazo a la democracia y describe una crítica implícita al final del texto hay un elogio a la democracia, lo que sin duda resta aún más el valor de esta obra.

<sup>23</sup> En el s.V a.c. había en Atenas 80.000 metecos, 130.000 esclavos y 150.000 ciudadanos, o los que hoy que descollan cincuenta mujeres y niños, con lo que la proporción de ciudadanos se reduce considerablemente.

Atenas tuvo que enfrentar los subsecuentes problemas de su imperialismo. Por un lado, el aparato burocrático que estancaba la actividad administrativa que al hacerse dependiente de los estados vasallos inutilizaba su normal desarrollo causando disconformidad entre la población y propiciando focos de insurgencia. En Atenas misma, la dependencia económica, sobre todo de los sueldos de los magistrados -cuyo número correspondía a una gran parte de la población- creó una estabilidad ficticia, peligrosamente susceptible al ser interrumpida. De otro lado, el ascenso del imperialismo ateniense estuvo centrado al comienzo en objetivos claros, como fue la lucha común contra Persia.

La democracia ateniense pudo prosperar pues su sistema garantizaba -al menos en esa coyuntura- la unión de los estados amenazados, por lo cual accedieron en su mayoría a formar parte de la Liga deléico-ática fundada al final de las guerras médicas; pero luego de la amenaza persa, estos mismos estados empezaron a sufrir las exigencias que Atenas reclamaba como un derecho: cobro en dinero o su equivalente en barcos de guerra tripulados; perdiendo así la perspectiva original de una empresa común aún estando dispuesto a defender su derecho adquirido por haber liderado el conflicto. Tucídides lo expresa con mucha claridad al mencionar que el Imperio ateniense se creó primero por el temor de la invasión, segundo por honor de proteger a los polis desvalidas, y tercero por su propio interés.

Atenas experimentó en carne propia las contradicciones de su sistema democrático, que le valieron en el campo político grandes reveses; pese a ello no fue incapaz de comprender cuáles fueran las causas de su corrupción. Las soluciones propuestas -discutibles aún hoy en día- son una prueba de ello. Muchos sucesos de la vida democrática ateniense han sido registrados por los historiadores y dan pruebas objetivas de lo inestable que fue la constitución democrática ateniense. El juicio de los navarcos luego de la batalla naval de Arginusas (406 a.c.), ilustra el grado de corrupción del sistema legal ateniense: la acusación de traición a los comandantes por no ordenar el recojo de los naufragos y muertos luego de la batalla, se impuso a la explicación de los jefes de verse impedidos por el peligro de una tormenta y la premura de poner a salvo la flota victoriosa. Atenas perdía la guerra para entonces y este golpe de suerte -necesario para su alicada moral- se vio frustrado por los conflictos internos. La acusación fue ilegal desde el inicio incumpléndose los procedimientos establecidos; en efecto, la Asamblea reunida sólo escuchó el testimonio particular de cada estratega sin permitir un discurso de defensa como se debía por ley. Luego, el Consejo fue obligado por la presión popular a aceptar esos testimonios y pasar directamente a votar por la pena de muerte. Lo ordinario era que se presentara una acusación y se permitiera el descargo de la parte acusada, produciéndose una primera votación del tribunal que aceptaba o rechazaba la acusación; luego se pasaba a una segunda votación que decidía la sentencia para el acusado. El testimonio de Jenofonte es muy claro al afirmar que el pueblo, viendo que se obstaculizaba su irregular propuesta, empezó a gritar que sería terrible contradecir su voluntad<sup>24</sup>. Salvo Sócrates -quien por casualidad conformaba el Consejo- ningún magistrado se opuso por temor a las represalias. En conclusión, no hubo posibilidad de defensa, la acusación incluyó a todos a la vez -cuando debían ser juzgados por separado- y el Consejo condenó en una sola votación a los estrategas.

Parecida suerte corrió el mismo Sócrates años después al ser condenado por el tribunal, aunque esta vez ejerció plenamente su defensa. Actuó en contra del filósofo el propio sistema legal, que era rudimentario. En este caso, la segunda votación del tribunal, que en la anterior

24 Jenofonte, *Histórica* 1.7

había aceptado la acusación, prácticamente echaba la suerte del acusado, no quedándole otra opción que pedir una pena menos rigurosa que la solicitada por la parte acusadora. Contra la pena de muerte, Sócrates pidió se le condenase a ser mantenido por el estado.

No sólo el ejercicio del sistema legal se encontró vulnerable en la democracia ateniense; los cargos políticos dejaban las manos libres a la sagacidad de quienes los ocupaban. El estadista Pericles encumbró a Atenas a un periodo de esplendor siendo solamente estratega, pero debido a su personalidad -aristocrática por lo demás- y tras ser reelecto varias veces por el partido popular. La grandeza de Atenas por esos años no fue producto del sistema democrático sino del simple personalismo, arraigado en sus caudillos y avalado por el pueblo.

El pueblo se guió por la influencia de las facciones rivales y en muchas casos fue cómplice de sus fatales decisiones. La desastrosa expedición de Sicilia (414 a.c.) tuvo en su origen una equivocada política militar que cedió a las ambiciones políticas de sus dirigentes, y al peligro de una eventual pérdida de los estados vasallos de Atenas. Apenas recuperada de la peste que asoló la ciudad y mató a un gran número de ciudadanos, el imperialismo ateniense dio muestras de su expansionismo al destruir la pequeña isla de Melos, que persistía en mantenerse neutral. La expedición de Sicilia tuvo un objetivo de conquista, y al tiempo que permitiría tener pleno dominio sobre el comercio en el mar Jónico, aislaría a Esparta de las colonias dorias, mayoritarias en aquel lugar, y ricas en recursos naturales. Según el testimonio de Tucídides, fueron estas las razones que convencieron al pueblo a preparar la expedición, atraído por los beneficios económicos que los políticos les prometían. Atenas fue a esta guerra con un ideal bastante alejado del que lideró durante la invasión persa. Sin embargo, al inicio de la expedición las luchas intestinas derribaron a su impulsor Alcibiades con el famoso suceso de la mutilación de los Hermes<sup>25</sup>. En Sicilia las colonias no sólo estaban conformadas por colonos dorios, había también descendientes jonios, por lo que la política expansionista del imperialismo ateniense dejaba el precedente de trastocar la hasta ese momento estable relación de las colonias con sus metrópolis<sup>26</sup>.

La Democracia ateniense declinó finalmente al caer víctima de su propia incapacidad por mantenerse fiel a los ideales que forjaron sus continuas reformas. Su desarraigo de una educación cívica que fortaleciera la voluntad de sus ciudadanos, fundada en una causa común que al menos en teoría le ofrecía la democracia, fue desechada por el frío cálculo de sus intereses imperialistas, confiándose a un liderazgo común ficticio, pues en la política primó el personalismo de sus conductores.

Pese a ello Atenas no careció de grandes mentes filosóficas que tomaron distancia de los nocivos efectos de su pragmatismo político, intentando reformular las bases mismas de la polis instaurando una nueva *areté* que apuntaba a considerar al hombre y al estado en una indisoluble ligadura moral. Puede resultar paradójico que a muchos de estos filósofos se les considerara como filolacónistas, en razón de su admiración oculta o abierta por la constitución espartana. De hecho, antes de la debacle de la democracia ateniense Esparta era admirada por la rigurosa educación de sus ciudadanos, cuyos logros podía exhibir por la estabilidad de su constitución: Había salido indemne de sus luchas continentales, sujetando a vasallaje a sus

25. A pocos días de la expedición los estatuos del dios Hermes que adornaban las calles de Atenas fueron mutilados de la mano del sacerdote fue publicado como un hecho realista que privilegiaba desaires para Atenas y fue aprovechado por los enemigos de Alcibiades, quienes presentaron testigos que lo vinculaban a los hecbos (quienes nunca se determinó fehacientemente su culpabilidad) y por lo cual tuvo que huir al exilio.

26. El vínculo se centró pese a la completa autonomía de las colonias, que algunas veces incluso hacían la guerra con colonias hermanas, basando a la metrópoli como árbitro de sus conflictos. Lo de realista que las guerras melicas fueron una extensión del conflicto entre las colonias jonias y Persa, pues tomaron a Atenas como delant.

vecinos; frente a Persia encontró un poderoso aliado, sin perjudicar su ciudad, y al cabo de su lucha contra Atenas, demostró una innegable superioridad. Esparta representó para ellos el ideal de la polis por la exigente disciplina de sus ciudadanos.

El debate filosófico sobre la polis se descargó sobre más de cien años de evolución democrática en Atenas. Su síntesis final no señaló más que la descomunal desproporción entre la legalidad y la moralidad, y su intento implantar una reforma completa del hombre y la polis.

La democracia moderna no es comparable a la antigua democracia ateniense: hunde sus raíces en una filosofía individualista que ha hecho de la ilusión del progreso económico liberal una férrea frontera que separa la cultura universal en parcelas deshumanizantes, que bajo el estandarte válido de la libertad y el progreso oculta las insignias de la discriminación. Sin embargo, los ideales de la democracia quedan indemnes a través de la historia, a la espera de una auténtica revolución, la del hombre mismo.

Conversaba un día Sócrates con el hijo de Pericles, del mismo nombre: el joven general refiriéndose a la antigua grandeza de Atenas exclamó "Me admira, Sócrates, cómo nuestra ciudad haya podido declinar hasta tal estado. Yo pienso, dijo Sócrates, que a la manera como algunos atletas, muy superiores a otros en fuerza, se abandonan y caen más bajo que sus adversarios, de parecida manera los atenienses, sintiéndose superiores a los demás pueblos, se descuidaron y degeneraron"<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Jenofonte, Memorias Libro II, 5